# UNA PAJINA DE LUTO.

[illegible]

« Ya, jamas el delito de jruesa (?),
« que ruja en el cielo i en la tierra execrable,
« ¡Ai, que el delito engendrará el delito:
« La infamia infamia, la traicion traicion!»

**Julio Arboleda.**

Séanos permitido consagrar a la memoria de uno de los hombres mas nobles un débil recuerdo, pobre i ajeno rendimiento, como era grande i jeneroso el corazon de aquel a quien se dirije.

No sabemos por qué, nuestra sociedad ha guardado un tan profundo, tan ingrato, tan cobarde silencio, ante la tumba de uno de nuestros primeros ciudadanos, – ayer, ornamento glorioso, – hoi, fúnebre corona de la Patria!

I ya que el delito, el nefando delito, el sacrílego delito del asesinato del ciudadano Cipriano Rodríguez, se va moralizando con la tolerancia, se va santificando con el silencio, se va glorificando con la impunidad, nosotros acostumbrados a levantar nuestra voz, con independencia, por todo lo que sufre, por todo lo que llora oprimido, sobre la tierra; nosotros que no queremos participar del crímen, sellando nuestra pluma con un silencio cobarde; nosotros acostumbrados a derramar tambien lágrimas estériles, por pérdidas tan grandes como esta, vamos a rendir un homenaje relijioso, a lanzar una queja sentida, a consignar un sentimiento de gratitud, de admiracion, de tristeza i de desaliento.

Era el dia 16 de octubre de 1862.

Lleno del pensamiento de Dios i de la Patria; pasido, arrebatado por la santa idea de la humanidad, que fué su ídolo, CIPRIANO RODRÍGUEZ, solo, en medio de todo un pueblo acostumbrado a la servidumbre i a las cadenas de la tiranía, amansado al látigo, connaturalizado ya con las dalgaras (?) del verdugo, eso que llaman hombre, i con las fiestas diarias del patíbulo i del garrote, esas dos sublimes virtudes de nuestros pasados gobiernos, arrodados al aprobio i al despotismo; – un hombre, Cipriano Rodríguez, solo, despues de la libertad de trescientos mártires, despues del triunfo de Colombia, solo él tenia valor, al frente de una capital despavorida i amedrentada, para oponerse a uno de esos actos de atrocidad sanguinaria, de negra ferocidad, que constituyen, i han esclarecido hasta aquí, el sistema, las delicias i la historia del partido ultramontano-conservador.

Aquel dia, algunos libres lanzaban vivas a la Libertad, i poseidos de un supremo alborozo celebraban los triunfos de su Dios. Tamaño ultraje debió llenar de furor a los que durante tantos años han hecho de aquel nombre sacrosanto un infame sarcasmo.

Varios piquetes armados discurrian por la plaza: eran los últimos restos de un ejército que debió caer aquel dia, al peso soberano de la opinion.

Al oir los vivas i las aclamaciones populares, ellos hicieron fuego sobre varios grupos empapados (?) de júbilo: "Ultima ratio" de todo tirano, de todo verdugo mercenario, cuando hai un hombre libre que tenga la impudencia de no querer dejar de serlo.

Entónces una figura gloriosa i nobilísima, un gran republicano, un amigo del pueblo se dirije hácia una de aquellas gavillas, para contener la matanza: – les habla, les amonesta – ¡En vano!

Entónces lucha i forceja por arrancar de la mano de uno de aquellos sayones el fusil, ya tendido sobre la muchedumbre. Funesto valor! El arma i el sayon van a tierra: – Es que cuando se ha hecho el sacrificio de la vida, ya no somos iguales a los demas hombres, o mejor dicho, los demas hombres no son iguales a nosotros: i cualquiera que haya formado esta elevada resolucion, siente al instante decuplicarse sus fuerzas. — Funesto valor, repetimos.

El jefe de la escolta mandó entónces hacer fuego. Dos balas atraviesan al punto los flancos de la noble víctima, i su cuerpo ensangrentado i roto, cae, la frente en tierra – sus heridas le abrasan . . . . . Sus lábios descoloridos tiemblan! El siente ya apagarse las palpitaciones de su grande corazon, en el último lumbral de la vida. "Oh, Dios mio, que se cumplan tus decretos eternos!"

El se revolvia en sus torvas confusas, ardientes imájenes. El bello ídolo de su vida i de sus esperanzas viene a ser una queja de muerte: "Hijo mio!" Valor, valor! Lo que él lleva fielmente en su corazon, vivirá tambien con él, allá en lo alto, eternamente! Lo que él creia sobre la tierra un santuario, por el cual se abrasaba con inefable delirio; lo que él apellidaba Libertad, Colombia, lo vé esfumarse delante de sus ojos, semejante a un serafin luminoso . . . . Sus sentidos lo abandonan, i en supremo esfuerzo [illegible] su alma a los albores brillantes de la aurora.

"Hijo mio": estas fueron sus últimas palabras: postrer adios, último llamamiento, despedida eterna, desgarradora, convulsa i entrecortada por la muerte . . . . .

Sus dos hijos lloraban, hundida la frente en el pecho i bañados con la sangre de su padre . . . . !!

Era preciso ser un esbirro mui corrompido, tener una alma de bronce i un corazon de demonio, para poder presenciar, con indiferencia o con alegría, tan horrible i sangriento espectáculo.

Asi sucedió.

Uno de sus hijos arrebatado por el dolor i la desesperacion, se avalanza hácia los verdugos, desgarra sus vestiduras, i abriendo su pecho jadeante, pide con ansia la muerte. "Matese, matese . . . . " he aquí el grito de compasion, lanzado por los asesinos: – ¡Aun no estaban satisfechos!

¡Oh! esta sed de sangre que calcina, que abrasa, que devora a los *piadosísimos defensores de la Relijion Cristiana*, solo podrá apagarse con un nuevo Calvario para el jénero humano, o en las llamas eternas del tártaro!

Despues de tan horrible tragedia, los asesinos huyeron rápidamente.—I por qué? No habian llenado su deber . . . . ? Iban a orar, sin duda; corrian a pedir a su Dios, a su Moloch, por la salvacion de la víctima . . . . . . !

No haremos comentarios: la conciencia humana se despertará.

Sin embargo, cuán duro es llevar el escalpelo a semejantes heridas!—La tarea del que escribe es un perpetuo martirio. No se piensa sin dolor. Cada palabra escrita cuesta un pedazo de nuestro corazon; cada impresion grabada, alguna cosa de nuestra alma; cada pájina impresa está cubierta de lágrimas i sangre.

CIPRIANO RODRÍGUEZ!! —para el que pueda ignorar quien era este hombre, nosotros diremos algunas palabras, esperando que una pluma mas elocuente que la nuestra haya podido hacer su elojio:

"Purpureos spargam flores, animamque nepotis
His saltem accumulem donis."—VIRJ.

No hablaré aquí de su cuna, ni de sus riquezas: la muerte arrebata todos estos títulos, todos estos bienes, i no queda de un ilustre muerto, sino esa imájen fiel que permanece grabada en el corazon de aquellos que le amaban.

Era de las grandes cualidades del Señor CIPRIANO RODRÍGUEZ era su bondad proverbial, i esa virtud, esencialmente cristiana, del amor a la humanidad, que hace tanto honor al hombre que la posee, era suya en alto grado.

La caridad oculta era su delirio. ¡Cuántos viudos, cuántos huérfanos lamentarán de hoi mas su pérdida!

Era como uno de aquellos héroes que en el combate, i en medio de una noche tenebrosa, cumplen nobles acciones de valor, de que nadie es testigo, ni puede hablar.

En estos tiempos de turbacion i desórden, él ejecutó una multitud de actos jenerosos que el público ignora.

Su inmensa jenerosidad crecia con su opulencia; porque él comprendia que la primera ventaja de un corazon magnánimo es la de poder ser mas jeneroso que los demas.

Esta preciosa virtud de la jenerosidad, él la ejercia sin esfuerzo; gustaba de poder hacer el bien, i lo hacia con tanta bondad, que parecia que sus presentes estaban siempre cubiertos de flores.

Por eso, ha pagado el tributo necesario de las almas grandes: ha sido desgraciado!

Desgraciado, sí, porque la vida es un libro, es un don, un gran tesoro, cuando se tienen tantos medios de poder hacer bien; cuando hai un espíritu divino, anchos horizontes, perspectivas encantadoras, dulces i santas esperanzas, i sobre todo, una vasta familia idolatrada.

Ah! amigo jeneroso: todas tus esperanzas reposan en un eterno silencio!

Todo está mudo i sordo en tu estrecho sepulcro!

El sol lanzará sus rayos sobre la tierra que te cubre, pero tú no sentirás ya su calor!

La brisa mecerá las flores de tu sepulcro, pero tú no sentirás ya su lijero susurro!

Tú no verás ya la aurora, cuando vestida de rosas i de púrpura, mirará desde lo alto del cielo, en las mañanas!

Esas manos que la misericordia abrió siempre con delirio, para derramar el bálsamo i los perfumes de la caridad, ya no se abrirán para derramar por do quiera los beneficios!

Ese noble i jeneroso pecho que tantas veces latiera con orgullo por la Patria, ya no gozará del sol radiante de Colombia, de esa hermosa Colombia por quien dió su fortuna, sus hijos, su libertad, su sangre i su vida!

¡¡I su cara esposa, la esposa que idolatraba, i esa familia numerosa, íntima, que hizo sus delicias . . . . . !

Es preciso exclamar con el poeta:

"Tus párpados velaron por siempre tus pupilas,
"Ya no verán en tus ojos lucir tu mirada,
"Ni estrecharán [illegible] a la mujer amada,
"Ni sentirás las lágrimas que vertirá por tí.

Nó, jamás, aunque esas lágrimas corran a torrentes.

I sin embargo, extraño a este impuro torbellino de la vida, a esta miserable farsa, a esta eterna lucha, a esta grotesca lotería, léjos de este paraiso lleno de demonios, tú eres feliz.

Ya no verás tampoco al patriota desvalido i jeneroso sufrir, avergonzarse de su desnudez, llorar toda su vida i perecer al fin, miéntras que el malvado truena i rie i goza en el oro i la opulencia.

Ya no verás al tirano imprimir su talon sobre la frente encorvada de un pueblo libre, de un pueblo envilecido que le paga tributo, no por su proteccion, sino por el aire que respira.

La venganza, de torva frente, las pupilas encendidas i la cuchilla sangrienta en la mano, no lanzará ya sobre tí sus miradas de hiena.

I ese espíritu soberano no verá ya la mano de aquel mismo a quien habia colmado de beneficios . . . . . hundir esa cuchilla desleal en tu corazon!

¿Por qué no es la ingratitud uno de los siete pecados capitales? Ese negro aborto del infierno es un conjunto de otros mil delitos. Sed pródigo con una alma vil, i podeis contar con su odio: la gratitud es una deuda que solo la virtud sabe comprender.

¿Qué diremos aquí a toda esa noble familia, envuelta en la negra noche de la tristeza i de la desesperacion? . . . . . .

Ah! que no hai palabras para tales dolores, i que solo Dios que los impone tiene el poder de aliviarlos. Hai no obstante un consuelo humano, que no carece de dulzura: es el honor de los bellos nombres i de los grandes ejemplos; para bien, que la familia desolada que le llora, goce de ellos plenamente, porque este es un bien que la muerte consagra, en lugar de arrebatarlo.

I vos, ilustre sombra, si los que mueren tienen alguna sensibilidad por las cosas de este mundo; si el espíritu de Dios que deja esta cárcel de barro podrida, para remontarse a las eternas salas de los predestinados, escucha desde allá nuestros ardientes votos, sabed que tal memoria nos es siempre querida!!!

Pueda él vernos ocupados en trasmitir a la posteridad el recuerdo de sus virtudes!!!

Medellín, 25 de octubre de 1862.

FRANCISCO JARAMILLO C.